PAGINAS SUELTAS

APUNTES HISTÓRICOS

DE LOS

CONFLICTOS INTERNACIONALES

PENDIENTES EN EUROPA

POR

JOSÉ CONTRERAS

Licenciado en Derecho civil y canónico y en
Filosofía y Letras,
Abogado del Ilustre Colegio de Montilla

CÓRDOBA

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL DIARIO

San Fernando 34 y Letrados 18

1890

INDICE

AL EXCMO. SEÑOR

DON AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA Y ORBE

La dedicatoria que me permito hacer á V. E. de este libro necesita justificación. Los escritos de V. E. me han enseñado á admirarle, la fama pública á respetarle, y el ejemplo de mis amigos á quererle: mi dedicatoria es un tributo indigno, por la materia, mas purísimo por la voluntad del respetuoso afecto y de la admiración que despiertan los talentos, méritos y virtudes de V. E. en su apasionado,

JOSÉ CONTRERAS.

PREFACIO

Tienen los siglos, como las épocas y las edades su fisonomía peculiar, aquella que le prestan las corrientes predominantes en los campos de la política, la literatura, la ciencia y el arte; y así como la edad antigua sintetiza el despotismo y la media el combate material, la época porque atravesamos es la de la lucha en el órden de las ideas, que se agitan y toman vida y movimiento en el periódico, en el folleto, en el libro y en la tribuna: armas poderosas de que se valen las inteligencias para propagar y difundir los adelantos científicos y dirigir la opinión pública dentro de la ardiente arena de la política militante.

Los hombres prehistóricos legaron á la humanidad conocida los útiles de su única ocupación, la lucha por la existencia; el mundo oriental, aquellos inmensos imperios asiáticos, subyugados por la grandiosidad de la naturalza, dieron los primeros

pasos en el orden científico, depositando los gérme nes de su cultura en las playas helénicas y con aquellos gérmenes sus errores filosóficos, sociales y religiosos. Grecia es la página más brillante de la cultura humana. Homero, Sófocles, Herodoto, Pín daro, Sócrates, Meton, Hipócrates, Arquímedes: lumbreras de la literatura y de la ciencia; astros cu· yos resplandores aún ciegan, pero analizando el fondo de sus creaciones, aparte de la doctrina socrá· tica, queda el clasicismo artístico y literario encu briendo con formas cinceladas el paganismo helénico: conocimientos rutinarios de astronomía adquiridos por la lucidez de los fenómenos en aquella at mósfera purísima y axiomas médicos.

Desde el siglo de Pericles hasta el XIX, la hu manidad ha caminado lentamente: Roma creó el derecho itálico y pisoteó los fueros de los pueblos antiguos, uniéndolos al carro de sus triunfos, hundiendo más tarde en la inmensa y ruidosa bacanal de la corte bizantina su gigante poderío. La Edad Media ha manchado con sangre las páginas de la historia de diez siglos; y después de aquella época de renacimiento clàsico pagano, en que asomó el racionalismo su cabeza con la reforma luterana, el combate en todos los órdenes ha sido la fisonomía de los últimos siglos; lucha tanto más encarnizada cuanto más nos hemos ido aproximando al momen· to histórico actual.

Estamos en la aurora de un nuevo día. Las co rrientes eléctricas se acumulan en grandes focos lumínicos y trasmiten el pensamiento humano con

asombrosa velocidad de una á otra región, de uno á otro continente: el vapor atravesando por el seno de las más elevadas cordilleras, convertido en fuerza motriz y llevando los productos de una zona fértil y fecunda á otra tan árida como estéril; los adelantos de la química, que apenas constituida en ciencia descompone y analiza, hablándonos de moléculas, átomos y cuerpos simples; el perfeccionamiento de los aparatos físicos, que ora examinan la composición de los astros, su configuración y las leyes fatales porque se rigen, ora penetran con mirada elucubradora en el mundo microscópico de la bacteriología para conocer los misterios que encierra una gota de agua donde palpita la vida como en el inmenso Oceano; las embarcaciones surcan los mares, agitando el movimiento mercantil y poniendo en contacto países,de costumbres, instituciones lenguas y sentimientos religiosos tan diversos, consagrando de una manera lenta, pero constante, el bendito dogma de la fraternidad de los pueblos; la imprenta difunde la ilustración y la cultura por todos los ámbitos del planeta; el hombre, en su afán de investigación, impulsado poderosamente por su constancia y sus energías, lo mismo penetra en el seno de la tierra á sustraerle sus arterias de oro y plata, que desciende á las profundidades del mar, y de su fondo arranca preciosidades infinitas; el trabajador con la piqueta en la mano y el sábio en la soledad del gabinete, han conseguido trasformar la superficie de la tierra; y en esta noble lid en que mueren las ideas caducas al contacto de las nuevas ideas,se engendran

el choque de los estímulos y de los intereses comunes ó encontrados, los grandes pensamientos que, perfeccionando todos los órdenes de la vida, inician una era regenerativa en la manera de ser de los pueblos modernos.

Con el brillante despertar del viejo continente europeo á las ideas civilizadoras y de progreso ha tomado tambien carta de naturaleza en las aspiraciones de los Estados, el ferviente anhelo de rectificar sus fronteras y depurar sus instituciones de la influencia que en las mismas ejercieran tiempos menos propensos á estas ideas de paz y de cultura, con lo cual asentados aquellos sobre sólidas bases, sin inquietudes ni temores de bélicos trastornos, pueden penetrar con paso firme en la senda hermosa de su redención y engrandecimiento.

En esto estriva el malestar sentido; en este noble anhelo descansan los vastos trascendentales problemas que en la actualidad preocupan la atención de estadistas, pensadores y hombres de gobierno, y en esta aspiración ardorosa y latente, se fundamentan los conflictos que hoy agitan todas las esferas políticas y sociales.

El fin que se persigue es elevado, pero crueles y odiosos los medios que han de ponerse en práctica para conseguirlo. ¡Quiera la Providencia que al cumplirse sus designios, los pueblos se inspiren en las máximas salvadoras del Evangelio, desterrando las banderías personales, y los apasionamientos políticos, que todo lo avasallan, encendiendo la lucha ardiente de los partidos, haciendo vercomo ma-

los y perniciosos todos los principios no consignados en el credo de una determinada escuela; presentándose en hostilidad manifiesta contra todo problema, que no se resuelve en armonía con un criterio más ó menos estrecho, más ó menos racional, con la clave de convicciones personalísimas, y llevando la injusticia, la crueldad y el egoismo más refinado, á las altas esferas, en que debe penetrarse con el espíritu sereno del que cumple una misión histórica y providencial y por lo mismo santa y bendita!

La Europa se prepara para restablecer su equilibrio natural y entrar de lleno en las vias del progreso.

I

SÍNTOMAS

Tanto en el órden físico como en el órden moral, á las grandes convulsiones preceden y acompañan fenómenos y síntomas, que revelan bien á las claras la proximidad de un estado anormal, y que más que augurios y presagios, son preparativos ó prólogos del hecho subsiguiente, cuya trascendencia se ignore, pero cuya importancia se patentiza por los caracteres que reviste en su realización.

En las páginas siempre elocuentes de la Historia, hallamos la confirmación de esta verdad. Ningún hecho histórico lo encontramos aislado y obedeciendo puramente al fortuismo de la casualidad; antes al contrario, enlazados íntimamente los fines providenciales del hombre con la libertad humana, observamos en el desenvolvimieto de la Historia, que los acontecimientos se suceden regidos por dos leyes constantes; la del progreso, que tiende al perfeccionamiento físico, intelectual y moral de los in-

dividuos de los pueb'os y de las naciones y á la ley de la casualiaad, en cuya virtud los efectos están siempre en armonía con sus causas, constituyendo de esta manera la Historia, con la semejanza de caractéres que revisten los hechos históricos en su desenvolvimiento, una série de lecciones morales de las que se aprovecha la humanidad, para seguir más ó menos rápidamente, según las condíciones generales de la época, por el camino del progreso.

Con tales antecedentes, ó lo que es lo mismo, reconociendo la íntima relación de unos hechos con otros, no parecería afirmación pesimista declarar graves las actuales circunstancias, dado el estado de agitación que, de algún tiempo á esta parte, caracteriza á las naciones más ó menos interesadas en la solución del conflicto pendiente.

Los aprestos militares de las grandes potencias, organizando sus ejércitos, aumentando el contingente activo, llamando las reservas, pidiendo créditos á las Cámaras, prohibiendo la exportación de caballos y aglomerando fuerzas en las fronteras y puntos estratégicos; las oscilaciones del crédito público con marcada tendencia á la depreciación de los valores, aun en las Bolsas y con el papel de aquellos Estados que ajenos en absoluto á la guerra, tan sólo han de ser testigos presenciales de los sucesos que se imponen; las noticias alarmantes que comunica el telégrafo á cada hora y en cada momento, tan pronto confirmadas como desmentidas, pero suficientes para denunciar el período crítico de duda y de incertidumbre porque atravesamos; los juicios y las ase-

veraciones de los periódicos de más autoridad, que por lo común se hallan bien informados y dirigen la opinión pública; así como la actitud agresiva á veces empleada por la prensa oficiosa alemana; las notas diplomáticas de las Cancillerías; los discursos y las interpelaciones en los Parlamentos europeos sobre la norma de conducta que se ha de seguir por las respectivas naciones, caso de estallar el conflicto; los comentarios á los discursos de la Corona leidos con motivo de la apertura de los Cuerpos Colegisladores, en los párrafos dedicados á la política exterior; el hecho de la disolución del Parlamento alemán, cuando se obstinaba en desaprobar los profundos proyectos del canciller de hierro; las alianzas secretas de las naciones por mútuas simpatías ó por comunidad de intereses, y las noticias de empréstitos para aplicarlos á dotar los ejércitos de los últimos adelantos en toda clase de armas, revelan, ó más bien, todos ellos son síntomas evidentes de la inminencia de la guerra.

Rusia no descansa un solo día en sus preparativos bélicos, amaestra sus ejércitos en el arte de la guerra, fortifica sus plazas y principalmente las fronterizas, estrecha las relaciones más cordiales con Francia, consorcio inconcebible de la pseudolibertad y el despotismo en perjuicio de la paz,—intenta sumar potencias en la alianza franeo rusa, y conseguir la neutralidad de otros Estados, que dudan asociarse siquiera sea moralmente á la triple alianza de Austria, Alemania é Italia, naciones todas, que á la movilizacion de los ejércitos rusos ó franceses,

responden con ostentaciones de fuerzas poderosas y con la voz de alerta dada y repercutida en las fronteras.

Los vivos rencores de Alemania y Francia; el espíritu de hostilidad reinante entre el imperio moscovita y el Austria; el Principado de Bulgaria, objeto de todas las miradas y todos los deseos de Rusia, frente á frente de las potencias centrales é Inglaterra, que están dispuestas á mantener su autonomía en aras del equilibrio europeo; Italia, unida fatalmente á los destinos de la triple alianza, é Inglaterra siempre previsora y siempre entusiasta de estas tempestades á las que, por tradicionales costumbres en su política arranca fruto; tal situación se hace insostenible por mucho tiempo, máxime si á tales causas sumamos otra de la mayor importancia: que los estados europeos empeñados en el pavoroso problema de la enigmática guerra, no pueden sostener las enormes sumas hoy consignadas en sus presupuestos de gastos, con aplicación á los ejércitos, y se impone un desarme.

En vano los espíritus optimistas confían en las declaraciones pacíficas de Monarcas y políticos; en las promesas de hombres importantísimos en el concierto europeo, de mantener á toda costa la paz y en la creencia de Sadi Carnot de que no se llegaría á situaciones extremas; inútil es que se acuse á los especuladores de Bolsa de este predominio que van adquiriendo las noticiaa pesimistas y del arraigo que en la opinión tiene la idea de que al fin la guerra estallará; las promesas y las declaraciones pacíficas

se hallan desmentidas por los hechos, siempre más convincentes, y lo que de fijo puede asegurarse es, que no solo las primeras potencias se preparan para la guerra, sino que todas las restantes naciones prepáranse también para hacer respetar su neutralidad.

Cualquiera de los hechos consignados, sería en circunstancias normales, síntoma alarmante de perturbaciónes futuras ó próximos trastornos, y todos reunidos, tal como hoy se presentan á la consideración del menos observador y extraño á las lides políticas, reflejan visiblemente la intranquilidad sentida ante las eventualidades del porvenir, que hasta hallarse agotados los medios prudentes de abordar los conflictos y perdida la fé en las notas diplomáticas, no se apodera la alarma del espíritu público, ni el crédito de las naciones se quebranta, ni surgen y se acrecentan como en el día, fundadísimos y razonados temores de guerra por causas ínfimas.

En la conciencia pública está y los síntomas denuncian, que hay que confiar al éxito de las armas la solución del conflicto europeo.

II

Causas históricas

No se improvisan los conflictos de la magnitud y trascendencia del que nos ocupa, sin grandes causas históricas que vengan preparándolos en el trascurso del tiempo, como no ruge el trueno y la tempestad se desencadena sin que de antemano se acumulen en la atmósfera las nubes cargadas de electricidad, causa y orígen de las perturbaciones atmosféricas.

Implica un error crasísimo y un desconocimiento absoluto de las leyes históricas, atribuir como ordinariamente se atribuyen á íntimas causas los grandes efectos, tan solo por la conexión y enlace que tienen unos acontecimientos con otros y que hacen suponer á primera vista, como verdadero origen de un hecho, lo que es tan solo causa ocasional del hecho mismo.

No puede suponerse, racionalmente discurriendo, que una nota cruzada entre los gobiernos alemán

y francés; la candidatura al Principado de Bulgaria; la influencia de esta ó aquella potencia en la solución del problema de Oriente ó el natural deseo que palpita en Francia de recobrar la Alsacia y la Lorena, pudieran ser causas justificadas del rompimiento de hostilidad, porque no puede creerse en manera alguna, que por hechos de esa pequeñéz relativa, se entregase casi toda la Europa ó la Europa entera, en brazos de lo desconocido, ciegamente impulsada por rencillas insignificantes y haciéndose responsable de los pavorosos problemas que están sobre el tapete. Esto sería una imprevisión incalificable que rechazan juntamente la lógica y el buen sentido. Sin pretensiones filosóficas ni críticas, pueden exponerse las causas históricas del estado anormal por que atraviesa la Europa, deduciéndolas de las lecciones que la Historia nos ha legado.

La humanidad, en su vida progresiva, no ha caminado en contínuo perfeccionamiento, porque las guerras, las instituciones nacidas á la sombra de falsas y perniciosas ideas y los errores entronizados en determinadas épocas de la vida humana, han constituido verdaderas rémoras para el desarrollo de la cultura, las investigaciones científicas, el adelanto de las artes liberales, y màs bién parece al estudiar algunos períodos históricos, que la humanidad ha retrocédido én su marcha redentora.

Tal fenómeno de éstancamiento y retroceso, que observamos con triste frecuencia en las páginas de la Historia, primeramente en los inmensos imperios asiáticos; subyugados por la grandiosidad de al

naturaleza, cuya contemplación empequeñece y anonada el espíritu y crea la idea del panteismo en religión y filosofía, y engendra los errores de la esclavitud y las castas y el peregrino derecho de conquista, pareciendo en su aislamiento que viven ajenos al movimiento civilizador de la humanidad y que niegan la ley de la solidaridad, precisa y necesaria para el cumplimiento de los fines providenciales del hombre; más tarde el pueblo rey, uniendo el mundo conocido entonces al carro de sus triunfos y dilatando las fronteras del imperio romano; la invasión de un pueblo joven, que sale de los bosques de la Germania á regenerar al caduco y pagano imperio; la Edad Media, con su feudalismo, su continuo batallar, sus expediciones al Asia y sus luchas religiosas, y los tiempos modernos, con su espíritu de libre análisis, sin más Dios que la razón, la propaganda eterna de las ideas socialistas y su falta de respeto á lo histórico y tradicional; todos estos elementos estudiados en globo, han perturbado en la larga vida de la humanidad los principios fundamentales en que deben descansar las naciones y alterado su peculiar manera de ser.

Hoy, que no obstante los grandes errores que se sustentan y defienden de contínuo en la prensa, en la cátedra y en la tribuna, se van abriendo paso entre la revuelta humanidad é iluminando las inteligencias los fueros de la justicia, los Estados todos de la vieja Europa, inspirándose en principios equitativos y comprendiendo sus fines providenciales, atraviesan por uno de esos períodos de crisis tan

importantes, que por sí mismos constituyen eras ó paréntesis en la vida humana, en que, vo viendo sobre sus propios errores, corrigen y depuran sus instituciones, para seguir con entusiasmo y con la fé que alimenta á los grandes ideales por el camino del progreso.

Dos causas principales influyen en la anormalidad de las actuales circunstancias. Las diferentes constituciones políticas de las naciones europeas y sus fronteras artificiales, pudiendo señalarse como de menos importancia, pero esencial también, la mayor ó menor pureza de las leyes constitutivas de la familia. Desde la pequeña Suiza con sus libertades omnímodas, hasta la cesarista Rusia y la falsamente democrática Francía; desde el Reino británico con sus límites marcados por la inmensidad de los mares hasta el imperio alemán; desde la unidad é indisolubilidad del matrimonio canónico, predicado por el Vaticano, hasta la poligamia antinatural defendida con el ejemplo por los sacerdotes y profetas de la antigua Bizancio, hay un abismo imposible de salvar por medio de los procedimientos legales y diplomáticos y todos los Estados, sintiéndose de consuno molestos por las diferencias apuntadas, reclaman uniformidad y semejanza en sus instituciones comunes; aquellas que estrechan ó aislan unos pueblos de otros.

La revolución francesa con el movimiento que produjo en el orden de las ideas; el Capitán del siglo con sus ambiciones de conquista, sus sueños de monarquía universal, sus triunfos y sus paseos victo-

riosos por toda la Europa, borrando las fronteras y unificando bajo el mismo cetro pueblos de leyes, idiomas, religión y costumbres tan diferentes; las guerras del siglo actual, en que las naciones han combatido por la santa independencia y la integridad del territorio y los tratados, á virtud de los cuales el mapa de Europa ha sido modificado en armonía con los deseos de las primeras potencias, y que han pretendido justificar hechos tan censurables como la esclavitud y repartición de Polonia; todos estos errores exigen y reclaman una reparación, para la cual se prepara la Europa en las actuales circunstancias.

Dentro del agitado y ardiente campo de la política militante, hay un abismo insuperable desde el despotismo de Alejandro III hasta el cantonalismo independiente de la Confederación Helvética, y una variedad infinita de instituciones entre ambos extremos, cuyas instituciones se asemejan, unas á los principios autoritarios que rigen en Rusia y otras á las doctrinas disolventes proclamadas y difundidas por la Revolución francesa; y como naciones comprendidas en el mismo continente, con sus historias enlazadas en el trascurso del tiempo, unidas á veces ante el peligro común y la mancomunidad de fines, estrechadas por las relaciones diplomáticas y el derecho internacional público, chocan con lamentable frecuencia, como resultado lógico de sus diferentes constituciones políticas.

En el orden privado, constituye una verdadera mancha en la cultura y civilización europea, la reli-

gión mahometana de la secta de Omar profesada en Turquía; la degradación de la mujer por la poligamia, que frente á frente de la doctrina santificada en el Gólgota, la hace descender de compañera del hombre, á simple instrumento del placer; poligamia autorizada por su religión, contraria al progreso, por sus leyes y por el ejemplo del Gran Mufti y los Ulemas, intérpretes del Corán, y á su vez, la gran variedad de sectas profesadas en el seno de Europa, y los pueblos de diferentes orígenes que la habitan, con sus antagonismos y sus luchas, son causas justificativas del periodo de crisis porque atravesamos.

En resúmen: la Europa se prepara para restablecer su equilibrio natural.

III

FRANCIA

La solución de los problemas políticos planteados en Francia de algún tiempo á esta parte, tienen el raro privilegio de aumentar el número de descontentos, el antagonismo de sus hombres públicos, el fraccionamiento de sus partidos y el disgusto general, síntomas todos ellos reveladores del estado de desconcierto en que se halla la nación vecina y á cuya lamentable situación la han conducido sus grandes errores, tempestades y delirios políticos, hasta el extremo de verse hoy convertida en uno de los Estados más cesaristas de Europa, teniendo la vana pretensión de ser espejo de pueblos libres y ostentando como timbre inmortal los mentidos progresos y fantásticas libertades de la epopeya grandiosa sí, pero sangrienta y fatal, de la injustamente llamada gloriosa Revolución.

El telégrafo nos trae constantemente alarmantes noticias de Francia, que denuncian el estado de

crisis porque atraviesa. Los monárquicos forman en el Parlamento una respetable minoría, sincera manifestación de los anhelos del país, que no puede olvidar las glorias alcanzadas bajo el cetro de sus reyes y en períodos de ferviente monarquismo, á la vez que el arraigo de esa forma de gobierno nacida en el Patriarcado; que ha llenado de páginas brillantes la historia de todas las naciones, á cuya sombra las letras y las artes han florecido, la paz se ha consolidado, la industria ha vislumbrado hermosos y dilatados horizontes y el renacimiento moral y material se ha impuesto como lógica consecuencia del bienestar sentido. A veces ha merecido de la Historia justas censuras por las exageraciones del principio autoritario; exageraciones motivadas tal vez, por haberse hecho necesario el contrarrestar los exorbitantes y anárquicos derechos de la nobleza y demagógicos del pueblo, pero que siempre ha sido y será la forma de gobierno verdaderamente tutelar, que representa y simboliza el orden, la tranquilidad y la prosperidad de los Estados.

Francia, olvidando los principios fundamentales de la verdadera libertad, presentó en el Parlamento, declarándola urgente, una proposición para expulsar de su territorio á los Príncipes de las familias que han reinado en aquel país, haciendo caso omiso del sentimiento monárquico del mismo, vivamente reflejado en la respetable minoría que ha llevado á las Cámaras, consagrando en su ceguedad el derecho de los príncipes, fuera de su patria, los cuales, sufriendo las amarguras del destierro y coartados para

propagar sus doctrinas por medios legales, han de procurar por medios revolucionarios el triunfo de sus ideas y llevar á Francia días de luto y desolación, en tanto que se disputen su gobierno orleanistas y bonapartistas con los trastornos que llevan aparejadas las luchas civiles, siempre crueles y sanguinarias de suyo.

Las naciones, como los individuos, atraviesan por por periodos de verdadera anarquía moral, en que la pérdida de la propia conciencia y el desconocimiento de los fines providenciales que han de cumplir, implican un estado decadente, que de una manera fatal y necesaria conduce á la ruina y descrédito, porque el camino de los absurdos, una vez emprendido, nos precipita en un laberinto mil veces peor que el de Creta, en el de lo ilógico y lo irracional. Después de la expulsión de los Príncipes, se tomó por el Gobierno francés una medida no menos arbitraria; el despojo de los derechos que el Duque de Aumale ostentaba legítimamente; y cual si no fuesen bastantes tales hechos para colmar la indignación pública de los buenos patriotas, se planteó un problema trascendental: la separación de la Iglesia y el Estado.

Causa motivada extrañeza, que estadistas y políticos, conocedores de la historia humana y de los ódios y crueldades que llevan consigo estos problemas, se atrevan á plantearlos, cuando los ánimos inquietos y espectantes están dispuestos á la lucha. Es muy cierto que la indiferencia es la enfermedad del siglo; pero no es menos cierto, por fortuna, que

la religión católica acrecienta cada día el número de creyentes, y en tales circunstancias, teniendo en cuenta la política altamente diplomática, digna y mesurada del Pontificado, la conducta de Francía resucitando adormidos rencorss, puede serle de perniciosa influencia en sus futuros destinos. No se puede impunemente arrancar á un pueblo, en un día, doctrinas tan arraigadas como las católicas; no puede desatenderse el culto profesado por nuestros padres; no puede menospreciarse clase tan ilustrada y respetable como la del clero, aparte de que implica palmaria injusticia, torpe inquietud y negra ingratitud, el suprimir el presupuesto de cultos de una religión, que solo ha llevado días apacibles, de prosperidad y dicha, á todas las naciones que han tenido la fortuna de acatar las doctrinas santificadas en el Gólgota.

El estado decadente en que se halla la nación vecina con su exaltado republicanismo, lo revelará mejor que nada, una sucinta relación de los escandalosos sucesos allí acaecidos con motivo del proceso de Wilsón. Fué una mancha de lodo en la reputación de un hombre público; la mancha no pudo lavarse y el hombre quedó inutilizado. Aquí pudiera haber terminado el proceso, condenando á los autores y cómplices de comercio inmoral de las condecoracirnes, porque si un acto revela á un hombre, las venta de las distinciones con que una nación honra á sus hijos predilectos, encubre una voluntad punible que debe castigarse en armonía con la entidad cualitativa y no con la cuantitativa del delito.

Pudo analizarse el manantial que producía aquellas aguas fétidas y cegarlo; cumplir con esta misión el Parlamento ó los tribunales de justicia, pero no arrojar cieno á todas las reputaciones con los ojos vendados, porque la anarquía moral augura la anarquía política, y si ninguna nación puede sufrir sin gran detrimento periodos anárquicos, menos podría resistir tan hondos males Francia, que está rodeada de enemigos encubiertos y se desquiciaría como edificio ruinoso, que experimenta el duro ataque de la picota por todas sus fachadas.

Wilsón y Caffarel fueron los blancos de los primeros ataques, pero á semejanza del público que asistía á los circos empapados de sangre de la antigua Roma, el Parlamento francés no se sació con sus primeras víctimas, y arroja á las fieras de la maledicencia y de la calumnia, la reputación del Ministro de la Guerra y del general Boulanger, y como si no fuera bastante, arroja sobre la limpia fama del primer magistrado de la nación, Mr. Grevy, la nota de cómplice del triste suceso que por propia dignidad debía haberse juzgado en el secreto de los tribunales. La primera frase se lanzó y en senda tan resbaladiza, se procesa á Wilsón, se acusa á Ferrón, se le exijé á Grevy la retirada, se derrota al Ministerio, ¿para qué? ¿qué fin se persigue? Ninguno, demoler lo existente; preguntad á un hombre saturado de alcohol, con un arma en la mano, por qué hiere y provoca; por nada; porque sí; dejad que se disipen los vapores que han trastornado su cerebro, y entonces llorará su propia conducta. ¡Pobre Francia,

aún no curada de la enfermedad de la destrucción!

El pueblo francés se ha ilusionado con una idea imposible de realizar y quiere lograrla *per saltum*; los naturalistas nos dicen que nada se ejecuta en esta forma; la historia lo enseña; la lógica lo confirma. Pudo un puñado de patriotas helenos vencer los mercenarios ejércitos de Dario; pero un patriota, el fanático de una idea, puede vencer á cien mercenarios, á cien indiferentes, empleando iguales armas; Francia podrá luchar con su eterna enemiga, su vecina Alemania, y aún alcanzar una victoria sobre ella, con soldados, materiales de guerra y generales discretos y previsores, nunca con esa gárrula palabrería, tan propia de los países meridionales. El general Boulanger simboliza la idea de la guerra y del triunfo sobre Alemania, contando como medio, el espíritu bélico del pueblo ignorante. Esas masas que piden lo desconocido sabrán aplaudir ó silbar el día del triunfo ó de la derrota, pero no derramar su sangre en el campo de batalla.

Boulanger es el ídolo, pero un ídolo de barro, que caerá hecho pedazos al golpe del primer proyectil; y ¡es tan fácil servir de blanco cuando los tiradores son inespertos!

Esta agitación y este periodo de lucha, no pudo por menos de traslucirse en el Parlamento, y en ningún país constitucional se recuerdan sesiones de Cortes tan borrascosas; delirio tan grande. El vértigo se había apoderado de los representantes del país; monárquicos y radicales unidos para derrotar al

Gabinete, á un Ministerio que había subido al poder, por haber derrotado parlamentariamente al Ministerio Goblet; increpaciones durísimas, reticencias odiosas, proposiciones absurdas, conciliaciones inexplicables; uniones heterogéneas que se rompían apenas realizado el objeto común, que no era tal objeto, sino mero capricho que ciega y que destruye; era el Parlamento el torrente que se desborda; Clemenceau, el jefe de los radicales que interpela y de los imperialistas que aplauden; Goblet, el antiguo Presidente del Consejo combatiendo al presidente del Consejo de entonces, que lo suplantó en el poder cuando la discusión de los presupuestos; todos á una vencen al Gabinete que se declara en retirada. ¿Está satisfecho el Parlamento? nó; era preciso no prestar conformidad al nuevo Ministerio, fuese cual fuese su matiz, es preciso derrotarlo, que Grevy dimita, que Francia quede sin autoridades y sin poderes; es preciso recordar pasados tiempos.

La gran masa del país; el pueblo francés, dió en tanto pruebas inequívocas de prudencia; separando un momento la vista del Parlamento y de las grandes figuras políticas y fijándola en treinta y ocho millones de habitantes que tiene Francia y que presenciaban impasibles los sucesos sin arrojarse en brazos de lo desconocido. Fué un espectáculo admirable que se explica perfectamente; es un fenómeno del que hallamos á cada paso un ejemplo; una impresión profunda produce una.... paralisis.

Grevy es una voluntad de hierro; un hombre probo que no podía dimitir en aquellas circunstan-

cias, porque sería declararse reo de los hechos vergonzosos de que se le acusaba. No podía, ni debía dimitir; confiaba en que Rouvier vencería las dificultades, y Rouvier fué vencido parlamentaria mente.

Como si se tratara de una crisis puramente ministerial Mr. Grevy convocó á su palacio del Eliseo à los prohombres de la política francesa: allí concurrieron Freycinet, Floquet, Glovet, Brisson y Clemenceau, pídele sus opiniones y le aconsejan que dimita, que se declare reo.

Mr. Grevy no podía aceptar esos consejos como genuinamente sinceros; á ello se oponían sus propias convicciones y la seguridad de que, los que tal le aconsejaban, aspiraban á reemplazarle; si dimite entrega la nación en poder de la anarquía y se confiesa culpable; si persiste en su puesto, será en contra de todas las corrientes. Los jefes de los diversos grupos republicanos le recomiendan la dimisión, la retirada; ¿para qué? para disputarse ellos la más elevada de las magistraturas y hacer más encarnizada la lucha.

Aquellos días álgidos pasaron, para volver y volver muy pronto, porque la crisis continúa latente y á cada momento se encienden los ánimos en afán de guerra. Dos cuestiones distraen hoy la atención de los franceses, cuando fija debía hallarse en el conflicto europeo, por ser Francia una de las naciones más comprometidas; el proyecto de revisión constitucional, y el de la separación de la Iglesia y el Estado.

Nosotros no discutiremos el absurdo que encierra este último proyecto, porque en la conciencia de cuantos han meditado sobre él se presenta claro y patente, y para los que como nosotros piensan en materias canónicas, no existe duda sobre esta cuestión y las relaciones recíprocas de los poderes espiritual y temporal; lo que sí presentamos á la consideración pública, es el estado lamentable en que Francia se encuentra y el fraccionamiento político en su interior, cuando la Europa tiene fija su vista en las enigmáticas cuestiones de Oriente y los estadistas todos estudian la cuestión social que asoma la cabeza por naciones tan cultas como Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica, y que es sin duda un problema de muy difícil solución, por lo mismo que aparece con el doble carácter de problema económico y político; bajo el primero es el pauperismo que no descansa es la constante lucha del propietario y el trabajador, y bajo el segundo es la consecuencia legítima de las teorías disolventes que por todas partes se predican y que entusiasman á esas masas ignorantes, las cuales se consideran con aptitudes para regir los destinos de los pueblos; pues bien, en condiciones tan críticas, resucitar adormidos rencores y restar poderosos elementos en vez de unirse ante el enemigo común, es un crimen de lesa patria.

En Francia no cabe más que una solución y esta es una reconcentración de fuerzas en derredor de la monarquía, que preparen su triunfo in-

mediato, para que restablecido el orden, la Nación se regenere y florezca en todos los órdenes de la actividad humana.

En la frente de Boulanger no resplandece el genio de Napoleón.

IV

RUSIA

El extenso imperio moscovita tiene puestos sus ojos y cifrados sus deseos en la ciudad asentada á orillas del Bósforo, en la antigua Bizancio, moderna Constantinopla, capital, de la agonizante Turquía y objeto de las ambiciones todas de los imperios del Norte.

La ciudad que conquistó Mahomet II el año 1453, capital hoy del imperio y residencia de la corte otomana, dicta leyes á nueve millones de súbditos, pero leyes divorciadas de la cultura general de la moderna Europa. En Turquía ha regido hasta época muy reciente el exagerado despotismo que es peculiar de los pueblos musulmanes; ajena en absoluto al movimiento civilizador de la época actual; falta de comunicaciones, atrasada en el orden de la riqueza hasta el punto de carecer de industria y de tráfico mercantil; escasa de crédito y con una deuda pública aterradora; dividida por diferencias esencia-

les en el órden etnográfico, puesto que la habitan las familias eslava, albanesa, griega y turca; por encontrados sentimientos religiosos, al rendirse culto á las iglesias católicas, cismática griega, judáica y mahometana, y por la diversidad de idiomas; todas estas circunstancias le han hecho entrar en un periodo de marcada decadencia, á cuyo término no lejano, será fraccionada y repartida entre otras naciones más fuertes ó más astutas.

En el primer tercio de este siglo se le declaró la Grecia independiente; la Moldavia, Valaquia y Sérvia, son hoy tributarias de Rusia, Inglaterra y Francia, y por el tratado que puso término á la guerra de Oriente, se disgregaron de sus dominios la Rumanía, la Sérvia y el Montenegro, incorporándose otros territorios turcos al imperio de los Czares y constituyéndose los Principados de Bulgaria y Rumelia oriental.

Si á todos estos síntomas de próxima muerte se suma el ser Turquía el obligado camino para que los imperios del Septentrión de Europa lleven, con sus legiones, su influencia civilizadora por los adormecidos reinos de la vieja Asia, se esplican las encontradas posiciones en que se colocan Rusia, Alemania y Austria, cuando se plantea un problema más ó menos íntimamente relacionado con la integridad de la Turquía ó con su intervención en los paises que le son tributarios.

Rusia no puede olvidar en manera alguna ser el imperio más grande de Europa; tiene fijas sus ambiciones de conquista en Constantinopla para

hacerse árbitria de los destinos de Oriente, objetivo de todos sus esfuerzos. Austria abriga y alimenta idénticas aspiraciones, sueña tambien con hacerse dueña de Bizancio, y en esta comunidad de intereses, la raza eslava y la raza germánica tienen que encontrarse necesariamente y luchar como hercúleos titanes que aspiran á plantar su bandera en las orillas codiciadas del Bósforo para disponer del Asia, á donde han de dirijirse en lo sucesivo caravanas y expediciones inmensas, para devolver á la raza amarilla, florecientes y llenos de vida, los frutos de aquellos gérmenes de cultura que allá, en los albores de la vida europea, depositaron las naves asiáticas en las playas hospitalarias de la culta Grecia.

En el siglo XVIII y en tiempo de Pedro el Grande, entra Rusia de lleno en el movimiento civilizador que era generalmente sentido en Europa; Catalina II y Alejandro I aumentaron las conquistas que habia emprendido y llevado á feliz término Pedro el Grande, correspondiéndole á Rusia la mayor parte del territorio en la misma repartición de Polonia, llevada á cabo por Rusia, Austria y Asia, repartición mil veces injusta, que será la eterna pesadilla de estas naciones, porque próximo el momento de la justicia universal de los pueblos europeos, veremos levantarse á Polonia, rompiendo las cadenas con que hoy se halla sujeta al yugo extranjero, y libre é independiente, con la dignidad que no ha perdido y el respeto y las simpatías universales á que se ha hecho acreedora, dictar las leyes más sa-

bias y prudentes á los que serán siempre polo neses, lo mismo en la esclavitud de hoy, que en la santa autonomía del ayer y del mañana.

El imperio moscovita no obstante las diferencias de razas y de religiones que en su seno se agitan, podemos calificar o en general de eslavo y ortodoxo griego, y á pesar de la latente conspiración del nihi lísmo que pretende mermar las prerrogativas del autócrata ruso, cuenta con poderosos elementos para una lucha europea, en que dejaríasentir el peso de sus dos millones y medio de soldados, que una vez triunfantes impondrían á los territorios conquistados, su despotismo político y el cisma griego.

El estado de descomposición y de anarquía en que actualmente se encuentra el Principado de Bulgaria, con la destitución del Príncipe Alejandro de Battemberg y el entronizamiento del actual Príncipe Fernando de Coburgo, aún no reconocido por las potencias; los desmanes del partido rusófilo; los constantes pronunciamientos de sus cuerpos de ejército; la intervención armada con que amenaza Rusia á cada momento; sus agentes secretos y sus políticos comprados, acusan en los planes de Alejandro III secundados por el diplomatico Giers, un deseo ferviente de que no sea reconocida la existente legalidad, legalidad proclamada por los diputados búlgaros con arreglo á la constitución y á las leyes del pais, para que persistiendo el estado actual de anarquía, se haga forzosa la intervención rusa, y hallándose más próxima del ideal soñado, apoderar-

se de Constantinopla y constituirse en dueña de los destinos de Oriente.

La Europa entera tiene fija la mirada en los movimientos de Rusia, que no oculta sus pretensiones marcadas á Filipópolis y ante sus proyectos belicosos, se ha estrechado más y más la alianza de las potencias centrales Austria, Alemania é Italia, frente á las ambiciones de Rusia, que en su afan de conseguir la hegnemonia de Europa, ha pedido y encontrado el apoyo moral y material de Francia, la que se ha prestado gustosa á los planes del Czar, porque contempla al frente de la triple alianza, á su eterna enemiga, la vencedora Alemania, despojadora de las ricas provincias francesas la Alsacia y la Lorena.

La Sublime Puerta agoniza. Con sus despojos pretenden engrandecerse Rusia y Austria. La primera tiene puestos sus ojos en Filipópolis para penetrar en Constantinopla; la segunda en Salónica. La Bulgaria es la clave de las ambiciones. Posesionarse de este pequeño Principado es estar á la mitad del camino, y como uno y otro imperio comprenden que la lucha entre ambos no es lucha de nacionalidades, sino la explosión de los ódios eternos de la raza eslava y la raza germánica, manifiestan sus deseos, movilizan sus ejércitos y se temen. Rusia y Francia de un lado. Alemania, Austria é Italia de otro. Turquía la presa codiciada. Tal es la situación imposible de sostener, en que se hallan las primeras potencias de Europa de algún tiempo á esta parte.

¡Ay del día en que estallando los ódios, en revuelto oleage se agiten con convulsiones de muerte por alcanzar la vida, las frias razas del Norte germana y eslava, y la culta, meridional y humanitaria raza latina!

V

La triple alianza

Tres naciones la forman: Alemania, Austria é Italia.

El moderno imperio alemán, creado en el año 1871 bajo la soberanía imperial del Rey de Prusia, con los territorios de la antigua Confederación de la Alemania del Norte, los Estados de la Alemania del Sur y las dos provincias conquistadas á Francia en la última guerra franco-prusiana, la Alsacia y parte de la Lorena, es hoy por su floreciente agricultura, por el desarrollo de su comercio, tanto interior como exterior, el movimiento mercantil de sus puertos. la altura alcanzada por sus industrias, sus recientes victorias sobre el Austria y la Francia, su rápido engrandecimiento, la ilustración tan generalizada en aquel país y la brillante organización de sus ejércitos, la potencia que tiene una preponderancia política y diplomática más señalada en los asuntos de

Europa, en tal forma que la Cancillería Alemana es la fuente de los rumores optimistas ó pesimistas que llevan la confianza ó la agitación á todos los restantes Estados de Europa, en los tiempos que alcanzamos.

Pero Alemania no tiene fronteras naturales, engrandecida por las conquistas, son puramente convencionales sus límites con Holanda, Bélgica, Francia, Rusia, Dinamarca y en parte con Austria; es un imperio federativo compuesto de varios Estados monárquicos-constitucionales y de tres repúblicas, y por más que la mayor parte de su población pertenece á la familía germánica, la habitan algunas otras, con quienes, como sucede con la eslava, mantiene perennes hostilidades. Diversas religiones son profesadas en el territorio aleman; háblanse en él diferentes dialectos; y rodeado de otras naciones, sus constantes enemigas, mantiene por la fuerza de las armas la integridad de su territorio.

Austria que es otra de las potencias centrales, que forma con Italia y Alemania la triple alianza, ha ido formándose en el trascurso de la Historia, con la unión de nuevos territorios, en virtud de los azares de la guerra, de los tratados de paz ó por reparticiones tan injustas como la de Polonia, en cuya desmembración hubo de corresponderle la Galitzia, incorporandósele más tarde, á principios del siglo actual, la Iliria y la Dalmacía qne aún conserva.

Son tan diferentes los elementos que componen la nación austriaca en órden á las razas y á las fa-

milias que la habitan, á los idiomas tradicionales y costumbres del país, que carece en absoluto de cohesión política, viniendo á ser uno de tantos Estados constituidos en la vida de la humanidad por las veleidades de la fortuna ó caprichos de la suerte.

Italia tambien sintió en el segundo tercio de este siglo deseos de unificarse y afan de engrandecerse á costa de los débiles, y la unificación bajo un solo cetro de los reinos de Cerdeña, de Nápoles, y del Lombardo Véneto, del gran Ducado de Toscana y Ducados de Módena y de Parma, hubiera sido laudable bajo todos conceptos por la alteza de sus miras y el providencialismo histórico que encarnaba, si en el vértigo de la locura y en la ceguedad de las conquistas no se hubieran atropellado los legítimos derechos del Santo Padre á los Estados pontificios, despojando al inmortal Pio IX del poder temporal que, á favor de los Papas, habia constituido Carlomagno en el siglo octavo de nuestra era.

Alemania aspira á la heguemonia política de Europa, hallándose bajo este concepto frente á frente de Rusia, que alimenta idénticas aspiraciones; como se halla frente á frente de Francia, que vencida en la última guerra franco prusiana y viéndose despo seida de sus ricas provincias la Alsacia y la Lorena, piensa solo en el soñado desquite, organizando sus fuerzas de mar y tierra y preparàndose para un nuevo combate con Alemania, en que alcanzando el triunfo pueda recobrar las provincias perdidas. Como enemiga irreconciliable de Francia y de Rusia, Alemania se ha puesto á la cabeza de la triple alian-

za. La reciente visita del Emperador de Alemania Guillermo II al Czar de Rusia Alejandro III nada significa en el órden de posiciones de las potencias, ni en el concierto europeo. Alemania tiene con Rusia y con Francia encontrados intereses y ódios de razas

Austria, en sus aspiraciones respecto de Constantinopla, como medio de estender su influencia política por el Asia, encuentra un valladar infranqueable en Rusia, que se ha constituido en árbitra de los destinos de Oriente y que alimenta idénticos deseos, á cuya realización encamina todos sus esfuerzos poderosos. Las constantes amenazas del imperio moscovita aglomerando fuerzas en la frontera austro-rusa, han impulsado al Austria á formar parte de la triple alianza, así como sus justificados temores de llegar á situaciones extensas en plazo no lejano. Alemania y Austria son estados puramente artificiales y el espíritu de conservación los une y los estrecha ante el enemigo comun.

Toda la fuerza que presta á Italia la homogeneidad de sus elementos componentes, se aniquila y se destruye ante la cuestión batallona y siempre palpitante del poder temporal. Italia tiene mucho que tener en sus futuros destinos En su afan de constituir la unidad nacional, despojó de una manera injusta y arbitraria á los Romanos Pontífices de los Estados que tan legítimamente poseian desde el siglo VIII, y redujo la soberanía temporal de los Papas al interior del Vaticano, pretendiendo justificar con los sofismas del moderno y reprobado libe-

ralismo, tan insensato y abominable hecho; pero tarde ó temprano, el Santo Padre, que ejerce tan poderosa influencia en el orbe católico, recobrará los Estados Pontificios, reconociendo las potencias un derecho y una soberanía legalmente constituida á favor del Vicario de Cristo en la tierra y una necesidad del poder espiritual.

«La abolición del principado civil, de que goza la Santa Sede, conduciría mucho para la libertad y felicidad de la Iglesia.» Esta proposición está condenada en la alocución *Quibus quantisque* de 20 de Abril de 1849.

Italia ha buscado el apoyo moral y el auxilio material de Alemania y Austria, porque tiene encontrados intereses con Francia en el Africa, y desea mantener á toda costa la unidad de su territorio, edificada sobre tantas ruinas.

Se han unido, pues, Alemania, Austria é Italia en ese inconcebible consorcío de la injusticia y el cesarismo triunfante, contra las reclamaciones que por todas partes se escuchan; que *eso* que han dado en llamar equilibrio europeo, sostenido por la fuerza de los ejércitos en pié de guerra, es querer consolidar en los tiempos de cultura que corremos, aberraciones tan grandes, como las victorias que alcanzaban en la época de mayor barbarie, la fuerza de los más, contra el mejor derecho de los menos.

VI

IRLANDA

Es el Parlamento británico de suyo apacible en las discusiones; pero se transforma en apasionado y vehemente, cuando se inicia un problema más ó menos íntimamente relacionado con la integridad del territorio y con la política absorbente que Inglaterra viene siguiendo en el exterior, en esta última etapa de su historia.

Las naciones tienen marcados sus límites por la misma naturaleza, sin que la guerra, con su erróneo derecho de conquista, ni el genio militar de un hombre que pisotea los fueros de los Estados, ni las conferencias diplomáticas con sus acuerdos tiránicos, modificando los mapas á gusto de los más fuertes y poderosos, consigan borrar el espíritu de nacionalidad, formado en el trascurso del tiempo entre un puñado de pueblos, que tienen fronteras naturales y están unidos por los mismos recuerdos históricos, por comunidad de intereses religiosos, sociales y

políticos y por idénticas aspiraciones; lo que ha hecho la Providencia, no puede modificarlo el capricho de los hombres. He aquí el problema.

Ni los romanos en el siglo I de nuestra Era; ni los anglos y sajones en el siglo V; ni Guillermo de Normandía en el siglo XI, al apoderarse los primeros de Inglaterra, al establecerse los segundos en ella, ni al conquistarla el tercero, consiguieron dominar á Irlanda, cuyo espíritu de independencia la mantuvo separada de los destinos de la antigua Britania, hasta el siglo XII en que fué sometida por los ingleses, formándose con la unión de Escocia en el XVII, el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, si bien hasta el año 1801 no se les ha reunido definitivamente.

La esclavitud de Irlanda es uno de tantos lunares que manchan las páginas brillantes de la Historia contemporánea

Pertenece á la familia céltica la población irlandesa y la de Inglaterra á la familia germánica; predomina el anglicanismo en Inglaterra y el catolicismo en Irlanda; háblase en la Britania el inglés derivado del alemán, y en Irlanda la lengua gaélica, derivada del celta; gózase en Inglaterra de todas las libertades compatibles con su puro constitucionalismo, y mérmanse las prerrogativas irlandesas. Cada una de estas diferencias esenciales á la manera de ser de ambas islas, es razón justificada de perpétuo antagonismo. Hace falta un hombre que sintetice las aspiraciones de Irlanda y ese hombre aparece, es Mr. Parnell; se necesita un jefe de partido que consigne en su bandera la autonomía irlandesa y mon-

sieur Gladstone echa sobre sus hombros la carga pesadísima de plantear en el poder las anheladas reformas, á costa de una derrota parlamentaria, y de ser en la oposición el esforzado mantenedor de los legítimos intereses y derechos del pueblo irlandés. La simiente se ha sembrado, falta solo recoger el fruto apetecido.

E ilustre jefe del partido liberal inglés, monsieur Gladstone, consecuente con sus compromisos y arraigadas convicciones, sostuvo aquella campaña famosísima en los anales del parlamentarismo británico, en pró de la autonomía irlandesa, en que demostró como estadista sus elevadas miras; como político, su decisión y dotes de gobierno y como jefe de un partido el mayor respeto al programa del mismo, sin que le valieran la suma de dotes tan relevantes, contra la oposición enérgica de la escuela conservadora, la protesta de la gran masa del país, la indiferencia de sus propios amigos, y la hostilidad de la Cámara inglesa, que en sesión tan memorable como borrascosa, derrotó al apostol de una idea santa, la emancipación de los pueblos esclavos y el reconocimiento de sus hollados derechos. Gladstone descendió del poder tildado de loco y entre risas y desprecios, pero dejó escrita la primera página de la gran epopeya del siglo, iniciando la solución de los graves problemas que están sobre la mesa de estadistas y pensadores.

Las ideas de justicia se abren paso entre el revuelto oleaje de los intereses del momento, y es que la humanidad, comprendiendo su misión redentora

y de perfeccionamiento sucesivo, se avergüenza de sus pasados errores. y procura depurar las institu ciones porque se rige.

Poco tiempo bastó para que la razonadora Inglaterra modificara su criterio con respecto á los planes de Gladstone. El partido conservador,con una teme ridad sin límites y sin motivos que justifiquen sus proyectos, se propone disminuir aún más las libertades irlandesas, y el viejo jefe del partido liberal, revestido con la energía de sus propias convicciones, combate el decreto del Gobierno declarando ilegal la liga de Irlanda, pónese á votación y el resultado no pudo ser más satisfactorio para Mr. Gladstone; una escisión de importancia en la escuela conservadora, en el seno de los ministeriales; el apoyo entusiasta de sus amigos, antes indiferentes, y la benevolencia marcadísima de los que se manifestaron hostiles en la primera campaña. Gladstone puede enorgulle cerse con su triunfo; Irlanda será libre, porque su emancipación la reclaman de consuno, su historia, su posición geográfica y la cultura de los pueblos modernos, que no pueden tolerar por más tiempo las férreas cadenas de la ignominiosa esclavitud.

No es tanta la importancia del hecho, como su significación en las corrientes que se inician. El ejemplo levantado y digno de un pueblo, que con conciencia de su propio valer, batalla para conquis tar su autonomía patrocinado por estadistas como Gladstone y gozando de universales simpatías en la lucha, despertará á no dudarlo, el adormecido espíritu de otros pueblos, hermanos en la inmensa des-

gracia de haber perdido la anhelada independencia por la bárbara ley del más poderoso y el más fuerte.

En buena hora que procuren los Estados ensanchar sus dominios con nuevas conquistas enarbolando sus pabellones en lejanas tierras: siempre que esos movimientos y guerreras empresas no engendren un retroceso en el espíritu que informara á las antiguas colonizaciones. Los Estados se hacen poderosos imponiendo la cultura, pero no por la espada de sus generales. Las creaciones de Alejandro, Cesar y Napoleón, cayeron derrumbadas como castillos de naipes, y Grecia continúa imperando en los mundos grandiosos del arte y de la filosofía.

La humanidad de hoy comienza á reparar las injusticias de ayer.

VII

ESPAÑA

Hemos procurado reflejar en los capítulos anteriores, la triste gravedad de las actuales circunstancias y los preparativos que se observan en todas las naciones, para desempeñar el papel á que las lleven sus intereses ó sus repectivas historias. Francia y Alemania amaestran sus ejércitos en el arte de la guerra; Bélgica y Holanda dispónense á hacerse respetar en su neutralidad; Italia Alemania y Austria, firman una alianza que aumente sus fuerzas y poderío: Rusia y Francia se unen tambien ante las eventualidades del futuro; Turquía solicita la cooperación de Rusia; Inglaterra cuenta con escuadras formidables que pueden defenderla y tomar parte activa en el conflicto; solo nuestra patria permanece impasible ante tales preparativos, como si gozase Europa de una paz octaviana y tuviese en

perspectiva un porvenir de envidiable tranquilidad.

Las ambiciones injustificadas de nuestros partidos; las luchas de personalidades en nuestro Parlamento; el refinado egoismo de nuestros prohombres; el caciquismo infiltrándose en la Administración pública; el desacierto de nuestros poderes en la dirección de los negocios; todo ha contribuido á que se pierda la fé en el florecimiento de nuestra patria, y á que entretenidos en la crítica de nuestros propios males, sin ponerles paliativos, olvidemos los grandes ideales, estemos alejados del concierto europeo y desatendido el porvenir brillante que le está reservado á nuestra nación, por la fertilidad de su suelo, su situación geográfica, y la virilidad de este pueblo siempre enérgico, digno y fuerte cuando se le ultraja ó menosprecia.

España no tiene hoy más vida que la vida política, ni más timbres de orgullo, que una tribuna hermosa, manantial fecundo de oraciones brillantes y castizas, modelos de elocuencia cincelada como las esculturas helénicas, que nos conmueven y seducen, nos arrebatan y nos identifican con los sentimientos y las ideas de nuestros oradores, pródigos en promesas y halagos, jamás cumplidas ni satisfechos.

¿Por qué los hombres de nuestros partidos, que tanto valen, tan bien piensan y discurren con tanta sensatéz; esos hombres políticos que suman una inteligencia clarísima á un conocimiento exacto de nuestro estado decadente, no aunan sus valiosos

esfuerzos en bien de la patria? ¿por què no emplean su actividad infatigable en fomentar las fuentes de riqueza nacionales y arrancar de raíz los males que nos consumen y debilitan en las esferas políticas, administrativa, económica y militar? ¿por qué no consagran los dias del poder á realizar proyectos beneficiosos para el país? Porque los más sanos propósitos malogran en el terreno candente de la vida pública, donde se esterilizan las mejores voluntades ante el egoismo refinado, que es la mala semilla que todo lo consume y devora.

Los pueblos y las naciones han sido en el trascurso de la historia, lo que han querido sus hijos; hemos visto los Estados renacer de entre sus cenizas como el ave Fenix, con la suma de las voluntades y las energías y desarrollarse y engrandecerse en todos los órdenes de la iniciativa humana; los hemos visto florecientes al empuje glorioso de sus hijos iluslres; perfeccionando sus organismos; corrigiendo sus instituciones: dilatando los mercados de sus productos naturales y de sus industrias; ¿será posible que nuestra patria sea la única retraida en el movimiento general hacia la cultura y el progreso? Por ahora así sucede.

Hablábamos de nuestra posición geográfica, que parece destinada por la Providencia para llevar al inculto continente africano, con nuestra hermosa lengua, los gérmenes de nuestra cultura y la religión del Crucificado y, sin embargo, desatendemos grandes intereses en aquellos reinos medio salvajes, donde podiamos ejercer tan benéfica como prove-

chosa influencia, é impasibles contemplamos á otras naciones con más cuantiosos sacrificios inmiscuirse en aquel continente, poniendo en práctica para conseguir su heguemonia, el más eficaz de todos los medios: el llevarle sus adelantos y estender el mercado de sus producciones naturales, por aquellos paises, ajenos aún á la civilizadora marcha de la humanidad.

Nuestras hermosas costas pobladas de puertos bien situados, y nuestras colonias, pálido recuerdo de la pasada grandeza, unas y otras, desatendidas se hallan por los Gobiernos españoles que no impulsan ni acrecentan la marina de guerra, olvidando que España es una nación marítima por excelencia, y despojados nos veríamos de nuestras más importantes posesiones, dada nuestra imprevisión en defenderlas, cuando llegada una época, muy posible, de anormalidad en la vida de las naciones, el derecho de la fuerza y de la astucia, oscureciese y pisotease á los modernos progresos del derecho internacional.

En tales circunstancias y en vista de la anemia que nos consume y esteriliza, debemos prepararnos para defender nuestra prudente neutralidad, sin alianzas ni tratados con otras naciones, que aprovecharían nuestras mezquinas fuerzas en su provecho, retrasando más y más, esa época ansiada de prosperidad y engrandecimiento de nuestra patria; fortificar nuestras plazas de combate, acrecentar nuestra marina y organizar ante todo y sobre todo la vida interior de la nación, que sin un buen régimen inte-

rior, es muy difícil emprender con éxito empresas arriesgadas, ni ensanchar nuestros dominios, ni realizar los fines providenciales que está llamada á cumplir la ibera península.

Nuestras historias y tradiciones, nuestro espíritu aventurero y nuestra peculiar manera de ser, nos llevan con entusiasmo á todo lo difícil y de dudosa realización, sin meditar obstáculos ni medir inconvenientes; que no podemos olvidar ni desmentir, ser compatriotas del famoso Hidalgo manchego, que engendrara el manco inmortal, para gloria de las letras y eterno retrato del carácter español.

La actitud, pues, de nuestra patria, debe ser de neutralidad armada, á fin de rechazar un brusco ataque en un momento crítico y defender los altos y sagrados intereses de nuestras fértiles colonias contra una agresión extraña.

Y quiera el cielo, que las tristes lecciones que nos legara la experiencia en nuestros días, de hallarnos indefensos en circunstancias anormales y expuestos á sufrir las consecuencias fatales de una lamentable imprevisión; el patriótico ejemplo de otros Estados, ayer en la decadencia y hoy florerecientes y exuberantes de vida, y el propio egoismo, nos sirvan de estímulo poderoso, para que acrecentando nuestras inagotables fuentes de riqueza; depurando de lunares nuestras instituciones; fomentando el comercio, la agricultura y la industria nacionales; divulgando y facilitando la enseñanza; extendiendo el mercado de nuestros productos y recobrando, en una palabra, nuestro antiguo valer,

llegue esta pobre nación, devorada y consumida por las luchas intestinas y las ambiciones de sus hijos, á llenar nuevemente de gloria las páginas brillantes de su historia, santificada con heroismos sin cuento y engrandecida con hazañas inverosímiles; poniéndonos al frente del movimiento civilizador, y volviendo á la época del más grande de los monarcas, del Rey prudente, de Felipe II.

VIII

Causa ocasional

El estudio filosófico de las grandes revoluciones acaecidas en la historia humana, nos revela el desarrollo sucesivo de los acontecimientos que las van preparando; la aglomeración de causas históricas que las justifican; el fin providencial á que obedecen; las convulsiones sociales que han de acompañarlas, como lógico resultado de la violencia con que se realizan; los síntomas que les preceden anunciando su inminencia fatal y necesaria, y en tal estado de constante amenaza, el conflicto se demora sin razón aparente, infundiendo en los ánimos el temor de lo desconocido y eventual, esperando siempre y con cualquier motivo que el problema se plantee; cuyo periodo de alarma justificada, caracteriza al momento histórico actual.

Cuando los hechos históricos se imponen por las necesidades de los tiempos, por las causas que los motivan ó por los fines á que obedecen; cuando en

la conciencia pública se halla, y la prensa lo difunde y los síntomas lo denuncian, que es inevitable, y sin embargo su realización se hace esperar; implica esta tardanza, la falta de un acontecimiento, insignificante en sí, que haga estallar el conflicto; la aparición en escena de un génio, que sintetice las aspiraciones de la época y sea causa instrumental del hecho mismo, y á este acontecimiento ó á este génio, que es la gota de agua que hace rebosar la copa, ó el átomo de fuego que depositado en la pólvora, incendia y destruye, es á lo que se llama en el desarrollo sucesivo de un hecho histórico y en su estudio filosófico, causa ocasional del mismo hecho.

El espíritu conquistador del pueblo romano, necesita un génio de la guerra que lo lleve á la victoria, y aparece Julio César, que cuenta los combates por triunfos y ensancha las fronteras del territorio hasta comprender todo el mundo conocido entonces, y sin embargo, Julio César es tan solo un instrumento de la Providencia, llamado á unificar todos aquellos pueblos, bajo el mismo cetro y las mismas leyes, para que más tarde la moral pura del Evangelio purifique la atmósfera pagana del caduco Imperio; las predicaciones y la humilde palabra de un ermitaño llamado Pedro, promueven aquellas invasiones guerreras de la Europa entera en el seno de Asia, que se conocen con el nombre de Cruzadas, y Pedro el Ermitaño es tan solo la causa ocasional, que despierta el adormido antagonismo de dos civilizaciones completamente distintas; antagonismo evidenciado en la Historia humana, con

la expedición de los Argonautas y con las Guerras Médicas; Martin Lutero separa á media cristiandad del poder del Romano Pontífice con la nefasta Revolución religiosa, y ni las rencillas de agustinos y domínicos, ni la condena de las proposiciones luteranas, justifican hecho tan trascendental; Martin Lutero sintetiza el espíritu de libre análisis nacido en Europa con el renacimiento de los estudios clásicos, helenos y romanos; la *Invidie fratesche*, que decía León X, fué la causa ocasional solamente; las escasas dotes de gobierno del desgraciado Luis XVI y el acuerdo adoptado en el Juego de pelota, no pueden justificar la tristemente célebre Revolución francesa; Luis XIV, con su exagerado despotismo, reflejado en las conocidas frases *El Estado soy yo* y su corte fastuosa entregada en brazos de la relajación y de una constante orgía, exasperó los ánimos é hizo estallar el ódio concentrado contra los reyes; y la Revolución que ya venian preparando Voltaire, Montesquieu y Rousseau con sus escritos y Mirabeau con su palabra, el destierro de Necker que de tanta popularidad gozaba y la toma y destrucción de la Bastilla, es tan solo la causa ocasional que despertó la eterna lucha de la demagogia con el principio autoritario.

Aplicando las lecciones que la Historia nos ha legado, al hecho que nos ocupa; una vez analizados los síntomas que al inminente conflicto europeo preceden y estudiadas las causas históricas que lo justifican, profesamos la opinión de que falta solo para el rompimiento de hostilidades el acontecimiento

que constituya la causa ocasional. ¿Cuál será ésta?

Difícil, muy difícil es hacer apreciaciones acertadas sobre los hechos futuros, y por eso consignaremos tan solo en esta parte de nuestro trabajo, dedicado al estudio de la causa ocasional, las hipótesis hechas por todo el que de política se ocupa.

Era considerado comunmente el difunto Emperador Guillermo, como el más esforzado mantenedor de la paz europea, y las noticias que el telégrafo trasmitía acerca de su salud, se traducían en movimientos bursátiles en todas las naciones, lo que prueba evidentemente la influencia del trono aleman en el desarrollo del conflicto pendiente.

Las enemistades reconcentradas de alemanes y franceses que pudieran estallar en un momento determinado, y las imposiciones de Rusia en la solución del conflicto de Oriente, son las causas que se señalan como más probables puntos de partida para el rompimiento de hostilidades.

Condensaremos nuestra opinión en breves palabras.

La paz europea está pendiente de que alguna de las potencias interesadas en el conflicto, medidas sus fuerzas propias y el apoyo moral y material que otras naciones le ofrezcan por medio de alianzas, encuentre probabilidades de éxito.

Queda, pues, reducida la causa ocasional del temido conflicto á una sencilla operación de aritmética.

IX

CONSECUENCIAS DEL CONFLICTO

Escribimos estos ariículos bajo la impresión de los más contradictorios rumores, que en sentido pesimista ú optimista circulan en los centros diplomáticos, en las columnas de la prensa más autorizada y en las Bolsas de todas las naciones europeas, sucediéndose en los ánimos á la consoladora idea de la paz, el espectro de la guerra, con sus incertidumbres pavorosas sobre las consecuencias del conflicto en el órden religioso, político y social y manera de constituirse los futuros Estados, ya que el problema planteado abraza tan dilatados horizontes, que sus resultados se harán sentir en el seno de la familia; en las distintas esferas de la administración; en las formas de Gobierno; en las fronteras de las naciones; en el derecho internacional público y en las relaciones recíprocas de los poderes esdí-

ritual y temporal, que constituyen una de las màs debatidas cuestiones en esta época de lucha perenne.

Dada la última relación de los efectos con sus causas productoras, observamos en el estudio de las grandes revoluciones acaecidas en la historia humana, las consecuencias inmediatas que se patentizan á veces en la realización del hecho mismo y las consecuencias remotas que llevan el espíritu de la revolución á las múltiples esferas de la vida. Las consecuencias inmediatas son siempre violentas é indecifrables, porque los hombres ó los pueblos encargados providencialmente de hacer una revolución, fanatizados por la idea nueva, la exageran al aplicarla, traspasando los límites naturales que les estaban impuestos y llegando maquinalmente á donde jamás pensaran; y las consecuencias remotas, que solo aparecen, cuando terminado el combate material y de los intereses caducos con los intereses nuevamente creados, el tiempo ha rectificado los errores del fanatísmo rovolucionario y la revolución produce sus frutos naturales.

Empeñada la temida lucha europea por cual quiera de las causas que como ocasionales hemos señalado, ó por algún otro suceso eventual, las alianzas y la comunidad de intereses y de miras en las primeras potencias para mantener el decantado equilibrio, generalizarán las hostilidades, preparándose á su vez el resto de los Estados para hacerse respetar en su neutralidad; aumentándose las fortificaciones y poniendo en pié de guerra esos

ejércitos formidables, que hace tanto tiempo vienen preparándose con maniobras, y ese material de guerra, con que las naciones todas han revelado su previsión ante los justificados temores de un conflicto europeo.

Rotas las hostilidades, no se haría esperar la solución del conflicto, porque en los primeros encuentros la victoria había de coronar á cualesquiera de los ejércitos batalladores, dada la precisión y exactitud de la moderna táctica militar y que el éxito de un combate depende esencialmente del General que lo prepara. A medida que las máquinas de guerra se han ido perfeccionando con el trascurso so del tiempo y con nuevos y prodigioses descubrimientos, la guerra se ha ido humanizando, si es posible dar tal dictado á lo que es un recuerdo de la pasada barbarie y un baldon y una vergüenza de la moderna cultura; y al mismo tiempo, con la perfección de los instrumentos bélicos y la facilidad en las comunicaciones, se hacen menos duraderas esas épocas anormales de la vida de los pueblos en que confian sus destinos al éxito de las armas.

Son muy dudosas las posiciones probables de las potencias en el caso de estallar el conflicto, porque el telégrafo confirma y desmiente á cada momento los ya supuestos tratados de alianza entre Francia y Rusia; entre Italia, Alemania y Austria, no sabiéndose en realidad nada cierto sobre las recíprocas simpatías de las naciones y si estas simpatías, las aspiraciones análogas, la comunidad de intereses ó los mutuos agravios, crearán un orden de

posiciones bien distinto al que hipotéticamente pu diera hoy señalarse.

La victoria de Francia sobre Alemania, al estallar sus ódios reconcentrados, implicaria necesariamente la dictadura de Boulanger ó el predominio en Europa de las erróneas doctrinas profesadas en la nación vecina, tanto en el órden político como en las relaciones de los poderes espiritual y temporal, que calificamos de erróneas, porque prácticamente se observa, que los conflictos se suceden en la mencionada nación, como lógica consecuencia de sus propias instituciones.

Como antítesis de tales resultados, el triunfo del Imperio aleman haría volver á Francia su forma de gobierno tradicional; aquella á cuya sombra los ejércitos franceses se han coronado con legítimos laureles y han florecido en Francia las artes bellas y su agricultura, industria y comercio, se han desarrollado y constituyen, en una palabra, las páginas más hermosas de su historia, porque la monarquía representa la forma tutelar, que conduce á los pueblos á su perfeccionamiento en todos los órdenes.

Obedeciendo como obedece el conflicto actual á una necesidad histórica, mil veces sentida en la larga vida del hombre sobre la tierra, ha de rectificar los grandes lunares que manchan la civilización moderna y que procuraremos sintetizar concisamente, señalando su desaparición como sus consecuencias más legítimas.

Tienen los Estados, como dejamos apuntado en otro lugar, marcadas sus fronteras por la misma na

turaleza, y si han de constituirse en núcleos pode rosos de cultura y han de realizar sus fines providenciales, necesitan organizarse bajo instituciones fijas, por individuos de la misma familia etnográfica; con un idioma comun á sus distintas regiones; comulgando en las mismas ideas religiosas; con la misma historia y con aspiraciones comunes: que así tan solo consiguió la antigua Grecia vencer los poderosos ejércitos de Dario y legar al mundo los modelos inimitables de la poesía épica con la *Iliada* y la *Odisea*; de la Historia con las obras de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; de la tragedia con las de Esquilo, Sófocles y Eurípides, y de la lírica con las composiciones de Píndaro y Anacreonte; que esas anexiones artificiales de nuevas provincias por las guerras y los tratados, perturban la paz interior de las naciones y constituyen invencibles obstáculos para su engrandecimiento.

Todas las instituciones se han ido purificando con las sabias lecciones de la experiencia, y sin embargo, como deciamos al principio, en la época actual, aún se confia al éxito de las armas la solución de las más graves cuestiones; vergonzoso recuerdo de los *juicios de Dios,* institución que á la vez que inhumana y bárbara, roba brazos juveniles á las artes y á la agricultura, empobreciendo la vida de los pueblos.

Estamos identificados en este punto con la opinión de un insinge poeta, escritor contemporáneo, Manuel Reina: «El dia que desaparezcan del diccionario las palabras *arma* y *cadena,* la humanidad será feliz.»

La innegable soberanía de la Iglesia Católica, como sociedad perfecta que es su independencia y el poder temporal del Romano Pontífice, necesario para el cumplimiento de los fines que el mismo Cristo hubo de encomendarle á su representante en la tierra, es otra de las verdades que tan solo han podido negarse en esta época escéptica y positivista y que reclaman su proclamación inmediata.

Vamos á terminar indicando algunos otros errores que ha de resolver el conflicto: la independencia de Irlanda y Polonia, esclavas hoy por la ignominiosa ley de la fuerza.

X

La cuestión social

El malestar que se deja sentir en todos los estados Europeos por razones puramente sociológicas, por insolubles cuestiones financieras, por utópicas conquistas democráticas, por el imperante régimen cesarista, y lo que es peor aún, por la eterna lucha del pauperismo contra las clases acomodadas y por el combate sordo, pero lleno de viriles energías que sostienen las conciencias católicas, frente á frente del empuje avasallador del racionalismo moderno; esta inquietud mantiene á los poderes públicos en una prudente espectativa, en un obligado *statu quo*, por falta de iniciativa para solucionar problemas de la vital trascendencia de los que hoy se manifiestan latentes, ó por temor de mayores males; pero como política quiere decir tanto como vida y movimiento, ese aparente letargo de las naciones dentro de los estrechos límites de las fronteras continentales europeas, se traduce en un irreflexivo espíritu colo-

nial, allende los mares, donde quiera que la decadencia de un pueblo se manifiesta como objeto fácil á las ambiciosas conquistas de los estados militares.

Por eso surgen los conflictos con frecuencia aterradora; aspiraciones homogéneas y necesidades comunes; afán inveterado de engrandecimiento y meditada ignorancia de respetables derechos; la satánica soberbia del poder material y el vértigo de la grandeza, dirigidas á un objeto común, producen rozamiento y malquerencias, que léjos de unir á los pueblos en el vínculo santo de la fraternidad universal, que es la fórmula más perfecta de la ley del progreso, los distancia y divide hasta el punto de mirarse con odiosos recelos y gravar la hacienda pública con empréstitos ruinosos para mantener con la fuerza de ejércitos formidables, lo que el derecho no puede conseguir por su intrínseca virtualidad.

Las cuestiones jurídico internacionales sumadas con los difíciles problemas económicos, son á la vez causas productoras de mayores males; la política poco séria y por demás irreflexiva de los poderes públicos en todas las naciones europeas, ha producido de una manera lógica y necesaria su fatal resultado; el aislamiento moral de los gobernantes, por que los pueblos movidos por resortes más utilitarios, condenan, censuran y proscriben con gran prudencia y fundado espíritu positivista, toda medida que no redunda de una manera más ó menos inmediata en pró y beneficio de los intereses comunales.

Y esos pueblos, y principalmente esa honrada

clase media que lleva sobre sus hombros tanta y tan pesada carga de contribuciones directas é indirectas y de impuestos y gravámenes; y más aún las familias trabajadoras, las apegadas á la tierra como los esclavos de la gleva ó adheridas á las fábricas como una rueda más en el complicado mecanismo de las máquinas productoras, se asocian y organizan en huestes al parecer inofensivas,pero temibles en verdad, que seducidas por los encantos de una vida acomodada, tierra fértil para que fructifiquen las ideas socialistas y anárquicas, han dado en época reciente prueba irrecusable de su unión y de sus deseos, haciendo concebir justificados temores de que en plazo no lejano, bien dirigidos y mejor organizados con la fuerza prepotente del número, serían capaces de poner en peligro las instituciones tradicionales y los viejos moldes de la política continental.

Y no parece que tales peligros amenacen, ni que tan graves enemigos acechan, ni que el tiempo y la malaventurada conducta de los Estados más directamente complicados en la cuestión social, han de traer por el movimiento incesante de los hechos el dia en que rotas las hostilidades, preparados para el combate los enemigos, se emprenda la lucha verdaderamente destructora del capital y el trabajo; lucha social y económica que haría moverse hasta en sus cimientos lo que hoy constituye el patrimonio de los poderes y el baluarte desde donde se dirigen los tiros al pauperismo anarquista. Parece que la vida de las naciones europeas deslizándose tranquila entre

éxitos y triunfos, ensordecidas con el silbato de las locomotoras, con el mercantilismo colonial, con el vértigo de la azarosa política, con el movimiento febril de las bolsas, donde se cotiza el crédito público, con el estrépito marcial de las fuerzas guerreras en sus constantes evoluciones, con el interés que despiertan en todos los ánimos los grandes proyectos, con cuanto llama y atrae. reduce y encanta, parece como que los gobiern s creen que la opinión dis trai la en la marcha exterior de los sucesos, no fija mientes en las hondas cuestiones que tanto preocupan cuando se revelan en la superfióie, como en la infausta fecha de Mayo último.

Mientras que el tiempo corre y los socialistas se cuentan y preparan para el gran combate, Rusia dando al olvido el nihilismo, refuerza las fronteras austriacas; Austria descuida los enemigos interiores y fija todos los cuidados en la cuestión de Oriente; Alemania cifra sus mayores deseos en aniquilar á la vecina República; Francia sueña con el utópico desquite; Italia desvanecida con su artificial emporio suma su suerte á la de Austria y Alemania; Turquía agoniza mientras las grandes potencias se preparan para adicionarse los despojos del decadente Imperio, y Bélgica, España y Portugal y los pequeños Estados, víctimas unos de malhadadas protecciones extranjeras como sucede á nuestros hermanos los portugueses; anatematizados otros por su situación geográfica y España por sus disensiones domésticas, olvidadas todas del enemigo común y del peligro que se cierne sobre sus cabezas, dejan indefensos los

intereses generales, para caer en día no remoto en el campo de lo quimérico y desconocido.

Esta es, en tésis general y sin descender á detalles, la situación de los Estados europeos en la época de verdadera crísis por que atravesamos; las manifestaciones del poder socialista: inocente y sencilla podrá juzgarse la primera revelación de sus deseos, pero hay que suponerla aviso providencial, para que esta vieja Europa, haciendo un paréntesis en su marcha colonial hácia el continente africano y deponiendo sus ódios, se fije más sériamente en los problemas interiores y salve el conflicto social que amenaza con caractéres imponentes.

XI

EPÍLOGO

La idea del progreso toma carta de naturaleza en las aspiraciones de los pueblos. Los ejércitos permanentes consumen y esterilizan la mayor parte de las rentas públicas, á la vez que son una constante amenaza para los Estados y la rémora de su engrandecimiento pues atentos y fijos los altos poderes en los medios de impedir una agresión enemiga, se olvidan de la organización interior de las naciones.

Los ejércitos permanentes de los Estados europeos, tienen alejados cinco millones de hombres de la Agricultura, la Industria y el Comercio, con detrimento grandísimo de estos fecundos manantiales de riqueza. Un desarme general se impone: lo exijen los nuevos horizontes abiertos á la humanidad en estos tiempos, en que la lucha de las ideas, brillantes manifestaciones de las altezas del pensamiento,

han sustituido al combate material, símbolo y encarnación de la pasada barbarie. Los tribunales diplomáticos-internacionales, resolverán en día no lejano los problemas cuya solución se entrega hoy al for tuismo y crueldades de la guerra.

Las ideas de paz, cultura y amor á Dios, deben ser el iris de redención de los pueblos modernos.

¡Infeliz humanidad, si el día en que consigas ser verdaderamente grande, inculcando en las concien cias el dogma bendito de la fraternidad de los pueblos y el de la perfección sucesiva de nuestra natu raleza. ensoberbecida con tus triunfos los atribuyes á la efímera razón y te olvidas de Dios!

Puente Genil, Octubre de 1890.